
CARLOS SALEM

✦ Camino
de ida



Octavio Rincón arrastra una insípida existencia como funcionario municipal hasta esa tarde en que, durante unas vacaciones en Marrakech, es testigo de la súbita muerte de Dorita, su castrante y autoritaria esposa. Perplejo ante el cumplimiento de un deseo tan largamente anhelado, y confundido entre el temor a una eventual acusación de asesinato y una embriagadora sensación de libertad, su primer impulso es vaciar el minibar. Lo consigue. Es la prueba irrefutable de que Dorita ha muerto.

En el vestíbulo del hotel conoce a Soldati, empresario y guerrillero argentino, embaucador pertinaz y embustero incorregible con un largo historial de fracasos a sus espaldas —el último de los cuales fue la venta ambulante de helados por el desierto en un furgón frigorífico estampado con el rostro de Carlos Gardel—. Juntos emprenderán un viaje delirante a través del Atlas, y su camino se cruzará con el de un grupo de matones con implacable sed de venganza; un gurú literario asediado por devotos admiradores; una amenazadora nube negra prendida del retrovisor; y Charly, un *hippie* entrado en años con una obsesiva cuenta pendiente con Julio Iglesias.

*Para Isa, por toda la complicidad del mundo.
Para Chacho, con retraso, por Gardel y por más cosas.
Para Nahuely para África, aunque nunca lo sepan.
Y para Inés, por un día más.*

Primera parte

Yo sé que ahora vendrán caras extrañas,
con su limosna de alivio a mi tormento.
Todo es mentira,
mentira este lamento,
hoy está solo mi corazón.

Sus ojos se cerraron

CARLOS GARDEL / ALFREDO
LEPERA

(Buenos Aires, 1911)

Se siente incómodo, pobre. Le gustaría llevar un traje más caro que ese único y un poco gastado. «Pero limpio, eso sí». Conoce las calles que pisa porque son las que lo han visto crecer, en torno al Mercado de Abasto. Pero eran otros tiempos, ayer nomás, cuando todo era un juego, como cantar en la fonda de los Traverso a cambio de un café y algunas copas. Ahora es diferente y lo sabe.

Llega a la calle Guardia Vieja y duda otra vez. Antes de llamar a la puerta del pianista Gigena, sospecha que es una emboscada, una burla cruel para divertirse a su costa. Pero llama.

Al entrar recupera parte de su aplomo, porque en los ojos de los conocidos, mayores que él, detecta ese brillo de admiración que lo desconcierta. Se mira de reojo en el espejo y le devuelve un rostro joven, con el pelo negro tenso por la gomina y un gesto grave, de alguien que sabe que va a perder. Busca un escudo, algo que lo defienda de sus miedos, y le sale una sonrisa. Se la deja puesta y se acerca al grupo.

Advierte una tensión amable en el ambiente y sus anfitriones lo rodean nerviosos. Parecen los segundos de un boxeador torpe, al que preparan para recibir la paliza de su vida en el Luna Park. Refuerza la sonrisa para que nadie vea que está aterrado. Se revisa la raya del pantalón y eso lo calma, porque está impecable. Por algo su madre es la me-

jor planchadora de Buenos Aires, «aunque le prometo que un día le compraré un castillo y usted será la reina, viejita», suele decirle sin creerlo del todo.

En el otro extremo de la sala, un grupo como el suyo, pero más confiado, rodea a un joven que parece mayor por el aplomo con que se deja adorar. Y él se siente poca cosa con sus veintiún años asustados. El uruguayo tiene una cabeza poderosa y la mirada tranquila del que conoce su destino. Los presentan y hasta el tratamiento señala que el hombre es más importante que él.

—Señor Razzano —dice Pellicer—, este es el que le dije, el muchacho del que todos hablan en el Abasto. ¿Cómo era que te llamabas, pibe?

—Carlos Gardel —responde con dificultad, porque no quiere despojarse de la sonrisa.

José Razzano, «El Oriental», lo calibra y sonríe.

—Así que vos sos el famoso «Morocho»...

Lo deja sufrir un momento y luego le tiende la mano. Carlitos ruega que el sudor de la suya no lo delate. La fama de José Razzano se extiende a todo Buenos Aires, desde el centro de su feudo en el café El Pelado, y es un ídolo en Balvaneda Sud. Claro que los amigos insisten en que él no es menos, y que la ciudad ya habla del francesito que canta en la fonda de Traverso, del «Morocho del Abasto», y hasta del «Zorzal» como lo llama en broma el payador Betinoti, amigo de la tertulia del café Los Angelitos.

Pero él siempre ha pensado que esos elogios son parte de la comedia para tomarle el pelo, sacarle cigarrillos, algún vaso de vino, o una serenata gratis para una muchacha romántica. La ciudad no puede hablar de Carlos Gardel, porque Gardel no es nadie. Buenos Aires es un enorme montón de piedras y las piedras no hablan.

Alguien ofrece una copa y él se bebe la suya de un trago. Ahora sabe que no teme al ridículo, sino a descubrir que su sueño es solo una ilusión. Pero parece tan real en las tramoyas de los teatros en que se gana unos pesos, o en la

fascinación que percibe cuando canta en los cafetines. Se siente estudiado, lo están probando.

Razzano comenta algo y se hace silencio. Sabe que la frase iba para él, por la forma en que los demás lo miran. Aparece una guitarra y el uruguayo la templea. Acaricia las curvas y canta una milonga con mucho oficio. Su voz es nasal, pero sabe manejarla y Gardel siente que está frente a un artista y que perderá este duelo que no buscó ni supo evitar. Se ajusta la sonrisa para no gritar y aplaude cuando Razzano acaba con un rasguído final. Le cede la guitarra y a Carlitos le tiemblan las piernas. Rasca las cuerdas y sabe que suenan mal, que nunca dominará del todo ese instrumento con forma de mujer. Se equivoca en un tono.

«Me quiero morir», piensa.

Se aclara la garganta y se siente niño otra vez, como cuando estaba en los Salesianos y los curas le enseñaban a cantar para congraciarse con dios y hacerse perdonar el pecado de ser hijo natural. Recuerda al indiecito callado, Ceferino Namuncurá, compañero de dúos y de tristezas; melancólicos los dos: el hijo del cacique guerrero porque nunca volvería a la pampa, el hijo de nadie porque no tenía adónde volver.

Abre la boca y canta, y su voz es un poder de otro, el don de un príncipe, un lujo que no necesita apellidos. Lo sabe por la expresión de los presentes, por el gesto abstraído de Razzano y porque el espejo le guiña un reflejo de la sonrisa que ya nunca podrá quitarse aunque le duela.

Aplauden a rabiar y piden otra. El uruguayo está absorto y ni siquiera se ofende por la pérdida de atención. Carlitos olvida el pudor y suelta la voz, que es un viento y una lluvia. Le ofrecen otra copa y la rechaza. La reunión será larga, se dice, y hay que cuidar la garganta porque algo está por empezar.

Razzano propone un encuentro en su territorio del café El Pelado, pero ahora su tono es humilde y no esconde una propuesta en ciernes. Habla de una gira por el interior del

país y de lo bien que funcionaría un dúo Gardel-Razzano, ahora que el tango está empezando a ser una cosa seria.

Carlitos dice que bueno, que lo hablan, pero ya lo reclaman para otra canción y se atreve con un tango. Vuelca en la interpretación la euforia del triunfo y cuando termina sabe que los tiene encandilados. Uno de los presentes, del grupo que antes rodeaba a Razzano, le pone la mano en el hombro y ruega:

—Pibe, no te mueras nunca.

(Marrakech, un año par de este siglo)

Dorita murió durante la siesta, para terminar de amargarme las vacaciones. Estaba seguro. Me había pasado veinte de nuestros veintidós años de matrimonio inventándole muertes de pestañas hacia dentro. Y cuando por fin ocurrió, no fue ninguna de las que le había deseado. Quitando los atentados varios, los venenos y las pirañas en la bañera, que eran más bien ejercicios inocentes de felicidad, siempre supe que moriría antes que yo y en la cama. Pero no esperaba que fuera así, en una ciudad desconocida, en un hotel que se mentía por lo menos una estrella de más, y de repente.

Siempre creí que Dorita moriría después de una eterna agonía que me iría matando con ella, comiéndose los pocos ahorros y los menos años que me quedaban, hasta suspirar su último rencor con los ojos abiertos y la palabra «inútil» dibujada en la boca afilada.

Pero no, murió al final de la siesta, en Marrakech, solo para terminar de amargarme las vacaciones. Dio tres pequeños saltos en la cama, como hipo del cuerpo, y se quedó seca. Escondí la novela bajo la almohada, por puro reflejo, y la miré un rato. Su pecho monumental y blando no se movía bajo la combinación rosada. Esperé y oí un corazón atolondrado, pero era el mío. Por fin me atreví a tocarle la muñeca y no le encontré el pulso, pero nunca supe hacerlo. De pronto dio un salto enorme, se sentó y soltó un

grito ahogado. Quiso bajar de la cama pero a mitad del movimiento la muerte impuso sus reglas y cayó con violencia contra la mesa de noche. Rodó hasta la alfombra y ahí quedó.

Me hubiera gustado tener cigarrillos pero llevaba quince años sin fumar. No me dejaba. Caminé por la habitación, paladeando una sensación de ligereza que no recordaba. Estaba muerta, yo estaba vivo. Y eso merecía un brindis. Abrí el minibar esperando su grito exasperado que no llegó. Era la prueba de fuego. Dorita, de una puta vez, estaba muerta.

Me bebí de un trago la minúscula botella de J&B. Me quemó con ese fuego antiguo. «Solo una copa en Navidades y / de cava, nada de champán, Octavio, que hay que defender lo nuestro y además es más barato». Abrí otra miniatura de botella, de vodka, y también la vacié sin respirar. Libre. Y sin necesidad de gastarme una fortuna en pirañas. Había muerto por su cuenta, como si la suma de tantos pensamientos de madrugada le hubiera caído desde la montaña de años que llevaba esperando ese momento.

Una voz lejana dijo algo que no entendí, en un idioma que sonaba como hojas secas y pisoteadas. Me asomé a la ventana y me llamó la atención que hubiera pocos turistas en la piscina. Más allá de los altos muros del hotel, Marrakech se agrisaba en su vieja pobreza rojiza, salpicada por algún edificio nuevo y pretencioso. Me pregunté qué coño hacía ahí, en un país que nada tenía que ver conmigo y tan lejos de Barcelona. «El viaje de mi vida, inútil —había repetido Dorita—, me lo merezco después de tantos años de mediocridad y no voy a ser menos que la del tercero D, ese putón teñido que, eso sí, tiene un marido como debe ser y cada verano, al extranjero».

Muerta, en la alfombra, y con un costado de la cara desfigurado por el golpe, Dorita no parecía alguien que realizaba el viaje de su vida.

Y tampoco parecía muerta de muerte natural.

Me bebí una botellita de ginebra, pensando en cómo explicaría eso a los herméticos empleados del hotel o a los policías cobrizos de mirada esquinada, que en las excursiones a los zocos me asustaban más que los posibles ladrones. Miré por la ventana y no vi a ninguno de los españoles. Un tipo de mi edad pero con el cuerpo más joven se lo pensaba en lo alto del trampolín. Tenía un bigote delgado, la piel oscura, y metía la tripa que le estaba ganando lentamente la batalla. Debajo, sentada al borde de una tumbona, una mujer árabe vestida de negro y con un pañuelo que le cubría la cabeza vigilaba sus movimientos con algo de temor, sin perder de vista a cuatro niños revoltosos que jugaban al fútbol usando como portería un cartel que prohibía en cinco idiomas jugar al fútbol junto a la piscina. Cerca de ella, una rubia envejecida y seca se ofrecía a ser lamida por el sol, que no quería; y más allá un grupo de muchachas hacía *topless* desafiando a la gravedad. Pero el tipo del bigote no posaba para ellas, sino para la sueca (tenía que ser una sueca, con esas tetas pequeñas y firmes y esas piernas interminables), que al otro lado de la piscina no lo miraba. El tipo tomó aire y se acomodó el paquete en el tanga. Sin saber por qué lo imité y sentí una dureza remota que me crecía desde dentro. Miré a Dorita de reojo, pero seguía muerta y con esa media sonrisa de triunfo que ponía cuando me hacía una putada, es decir siempre.

—Tu muerte ha sido tu última afrenta —le dije, y me sentí poeta con décadas de retraso.

El tipo del bigote saltó y la mujer del pañuelo aplaudió discreta. Los hijos también aplaudieron y las chicas del fondo bostezaron. La sueca se incorporó a medias y con ella sus tetas doradas. Se pasó bronceador por las piernas, los hombros y las tetas, y estiró la mano hacia la espalda, en un gesto inconcluso. De la nada apareció un tipo joven y musculoso, con pinta de italiano, y se ofreció. Ella se tendió boca abajo y el tipo del bigote supo que no valía la pena intentar otro salto, pero se palpó de nuevo el paquete antes

de volver con su mujer. Yo hice lo mismo, pero esta vez no miré a Dorita, sino a las manos del italiano que recorrían a la sueca espalda abajo y me sentí mareado, no supe si por la bebida o por sus nalgas. Abrí mi pantalón y el sexo asomó tenso, desconocido, como saltando un abismo de veinte años o más. Golpeé con él en el marco de la ventana y solté una risita. El italiano amasaba con descaro el culo de la sueca y ella ronroneaba, estaba seguro. Hablaban, imaginé que en inglés a tropezones, pero sus gestos eran sinuosos y se entendían. Faltaban menos de dos horas para la cena y subieron a la habitación de ella, y allí yo la besé en todo el cuerpo, le comí el sexo como nunca lo hice con Dorita, le permití que lamiera el mío como ella siempre se había negado y le entré con ternura y la puse a cuatro patas y la penetré con distancia y método, sordo a sus quejidos de dolor y placer que resonaban por toda la habitación cada vez que mi pelvis chocaba contra su culo. Cuando acabé, sus gemidos se mezclaron con una gran ovación lejana, como si una multitud gritara goooooo!!! aplaudiendo mi jugada.

Busqué en el baño una toalla para limpiar la ventana y saqué otra botella del minibar. No recuerdo qué era. Me di una ducha tibia y pensé que no sabía qué hacer. Cómo denunciar la muerte de mi esposa, cómo organizar el traslado del cadáver, el papeleo. Cómo explicar que la herida en su cabeza era casual, si solo conocía una frase en francés y no recordaba lo que quería decir.

—*Vulevúcuchéavemuá* —me imaginé declarando a un delgado oficial de policía, con dos ojos como dos tajos y ese odio adormecido que me asustaba de los marroquíes.

Las clases de francés, como la contratación de los hoteles y la elección del recorrido, habían sido cosa de Dorita. «Para qué gastar el doble en profesores si eres tan inútil que no te enterarás de nada», había dicho.

Me sequé con cuidado y me puse la camisa llamativa que ella había comprado para su hermano «porque para

usar estas cosas hay que tener cuerpo y clase». Metí a Dorita debajo de la cama y puse el aire acondicionado al máximo.

—Vuelvo en un rato, no te marches —le dije.

Y el resto de borrachera que aún me duraba me regaló una risa que no era la mía pero que me gustó.

Al pisar el pasillo alfombrado hasta las paredes me sentí más seguro en el silencio sin tiempo del hotel. No sería tan difícil. Al fin y al cabo, Marruecos era un país moderno y yo un ciudadano español, un europeo, qué coño. Desdeñé el ascensor y seguí el arroyo de alfombras de la escalera. Sería fácil. Que buscaran un intérprete y se lo explicaría. Me crucé con un botones que me saludó con obsecuencia pero con ese odio en los ojos. Si ese chico tuviera poder, me fusilaría. Y me acordé de la película que habían pasado la noche anterior por la parabólica del hotel: *El expreso de medianoche*. Cuando llegué al vestíbulo, estaba abatido. Si al menos Dorita viviera, podría explicar su muerte con ese tono autoritario de pequeña mujer de grandes tetas, pensé. Estaba desvariando. Necesitaba una copa.

El vestíbulo estaba casi vacío y la gente se arracimaba en las dos salas de televisión. La excitación flotaba en el aire. Me senté en un sillón alejado, para pensar. El grupo de chicas de la piscina, no mucho más vestidas, salió del ascensor tejiendo risitas. La más alta era la más atractiva, la reina de las minifaldas entre ese manojito de princesas. Me quedé mirando sus piernas, y cuando ya estaba por llevarla a mi habitación para clavarla contra el colchón con Dorita debajo escondida como unos zapatos viejos, codeó a las otras y con una sonrisa picara vino hacia mí.

—¿Mie das fuego, guapo? —dijo aguantando la risa e inclinando el cuerpo para que sus tetas asomaran por el escote.

No supe qué contestar y tuve ganas de fumar. Se fue riendo a carcajadas con las otras y se quedaron a un costado de la barra, moviendo las piernas.

—Están buenas, ¿eh? —dijo el tipo sentado a mi lado.

—Sssí —contesté.

—Van calentando y calentando, pero a la hora de los bifés, se arrugan...

Tenía acento argentino, de culebrón, y era algo menor que yo, aunque parecía mucho más joven. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, largo y canoso, y la mandíbula cuadrada se le marcaba más porque siempre hablaba con la cabeza erguida y sacando pecho, como si fuera a comerse el mundo.

—Soldati, Raúl Soldati —se presentó tendiéndome la mano—. Empresario y Revolucionario. En las buenas y en las malas, jefe.

—Octavio Rincón —dije.

—Son todas iguales, jefe, todas iguales.

Pensé que estaba un poco borracho y le seguí la corriente.

—Todas putas —insistió—, menos mi madre y mi hermana, como dice el tango.

Preguntó si quería beber y dije que un *whisky*. Llamó al camarero, murmuró algo y el tipo trajo dos vasos con hielo y dos botellas de agua.

—¿*Bourbon* o escocés? —preguntó Soldati.

Estaba confundido, pero lo de *bourbon* me sonó a las novelas policíacas que leía a escondidas de Dorita. Buscó en el maletín caro que había a su lado. Pude ver botellitas de diferentes marcas y colores. Separó dos iguales y con un gesto casual llenó nuestros vasos.

—Nada como un buen servicio de habitaciones —dijo.

—¿Para en este hotel?

—No. Ya no.

Parecía un caradura, pero me inspiraba confianza. Seguro que él sabría qué hacer si estuviera en mi lugar. Hablaba